

Filosofía de la extinción: las humanidades ambientales y la crisis de biodiversidad, por Thom van Dooren

Conferencia con motivo de la entrega del VII Premio Biophilia
de Humanidades y Ciencias Sociales Medioambientales
5 de febrero de 2026

Las especies están desapareciendo hoy a un ritmo alarmante. Aunque mucha gente es consciente de este hecho, no parece que a menudo se le otorgue toda su importancia. Los organismos para la conservación publican largas listas con los nombres en latín de las especies en peligro de extinción y ya extintas, que, aun así, siguen siendo algo en cierto modo abstracto. Mi investigación es un intento de contrarrestar esta tendencia averiguando qué significa la extinción, cómo y por qué es importante y qué exige de nosotros, y también practicando nuevas formas de contarla con el fin de hacer llegar lo que sabemos a un público más amplio. Es un trabajo inevitablemente multidisciplinar, ya que combina los conocimientos de las humanidades con las ciencias naturales, y la investigación etnográfica con las comunidades locales. Junto con un grupo cada vez mayor de colegas, contemplo este trabajo como una *filosofía de campo*.

Para ahondar en la comprensión de la extinción, debemos *enriquecer* nuestra percepción de las especies que están desapareciendo, dar cuerpo a los huesos de las especies muertas y moribundas, lo que significa ir más allá de las listas de nombres para conocer mejor la forma de vida particular y única de cada una: cómo cazan y se reproducen, cómo cuidan a sus crías y lloran a sus muertos. Por supuesto, nunca podemos aspirar a esbozar una imagen completa de la forma de vida de especies que no son la nuestra: gran parte de lo que son siempre nos resultará opaco. Por ejemplo, el mundo quimiosensorial de los caracoles seguramente está mucho más allá de nuestra capacidad de imaginarlo, y no digamos de habitarlo. Y, sin embargo, intentar saber más sobre ellos es muy importante. Nos permite entender que, como ha señalado la filósofa Vinciane Despret, lo que se pierde con la extinción es todo un *mundo*: «Cada sensación de cada uno de los seres del mundo es un modo a través del

Filosofía de la extinción: las humanidades ambientales y la crisis de biodiversidad, por Thom van Dooren

Conferencia con motivo de la entrega del VII Premio Biophilia
de Humanidades y Ciencias Sociales Medioambientales
5 de febrero de 2026

cual el mundo vive y se siente a sí mismo... [y cuando] un ser deja de existir, el mundo se estrecha de repente y una parte de la realidad se derrumba».

Cuando prestamos atención a otras formas de vida en su particularidad, queda claro de inmediato que ninguna se forma ni se sustenta aislada del resto del mundo. Cada animal, planta, hongo o bacteria es, esencial e ineludiblemente, una forma o modo de ser y de ir cambiando *junto a todos los demás*.

Aunque, según la definición común, la extinción es un acontecimiento singular que tiene lugar con la muerte del último individuo de una especie, en muchos sentidos esta interpretación es engañosa. Yo defiendo, en cambio, la necesidad de explorar el lado *menos llamativo* de la extinción. Desde esta perspectiva, la extinción se ve como un proceso de desintegración biocultural muy prolongado que comienza mucho antes de la muerte del último individuo y continúa propagándose por el mundo mucho después, afectando a gran variedad de seres humanos y no humanos debido a los cambios y las rupturas de relaciones que entraña. En mi propia investigación, uno de los ejemplos más claros de este proceso fue el declive de los buitres de la India, con todas sus repercusiones tanto para la salud, los medios de vida y las prácticas culturales y religiosas de los humanos como para diversas otras especies.

Así, mi enfoque de la ética de la extinción surge de entenderla como un proceso de destrucción de mundos y desintegración biocultural. Es fundamental decir que este enfoque no pretende crear un sistema ético que pueda aplicarse en una disparidad de contextos: rechazando las generalizaciones, intento pensar en — y valiéndome de— ejemplos concretos de seres vivos al borde de la extinción.

Cuando se atiende a la extinción desde esta perspectiva, salta a la vista que es un ámbito en el que compiten distintas obligaciones éticas. En mi investigación sobre la conservación de la grulla trompetera, una especie en peligro crítico de

Filosofía de la extinción: las humanidades ambientales y la crisis de biodiversidad, por Thom van Dooren

Conferencia con motivo de la entrega del VII Premio Biophilia
de Humanidades y Ciencias Sociales Medioambientales
5 de febrero de 2026

extinción, me vi inmerso en un mundo de cuidado violento, un mundo en el que estas aves deben vivir en cautividad una vida mermada, sometidas a estresantes procesos de inseminación artificial, a la vez que otros animales sufren y mueren de distintas maneras, entre ellos, las grullas de especies menos amenazadas que se utilizan para la gestación subrogada y los posibles depredadores que se sacrifican. Nada de esto es exclusivo de este caso. En todo el mundo, el cuidado de especies en peligro de extinción requiere formas de violencia hacia miembros de otras especies y también, en ocasiones, hacia individuos de la propia especie en peligro.

Por supuesto, no solo el bienestar de diversos seres no humanos está en juego: en algunos casos, también las necesidades de las distintas comunidades humanas se ven afectadas por el declive o la conservación de una especie amenazada. Por ejemplo, los esfuerzos por conservar los cuervos en peligro crítico de extinción que habitan los bosques de las islas Marianas muchas veces han entrado en conflicto con los medios de vida y las aspiraciones del pueblo indígena chamorro.

Para enfrentarnos a este tipo de cuestiones éticas hace falta un compromiso acompasado, prudente, siempre concreto, con las comunidades *multiespecie* (integrando a las especies humanas y no humanas). Hace falta que la ética abandone la comodidad de la butaca para trasladarse al terreno y aprovechar los conocimientos de las ciencias naturales —de la etología a la ecología— y las experiencias de las comunidades locales cuya vida está ligada, por muchos motivos y de formas extremadamente desiguales, a especies en peligro de extinción.

Aunque sin duda hay muchas maneras de estudiar las cuestiones éticas en la complejidad de cada contexto empírico, mi trabajo sobre la extinción ha

Filosofía de la extinción: las humanidades ambientales y la crisis de biodiversidad, por Thom van Dooren

Conferencia con motivo de la entrega del VII Premio Biophilia
de Humanidades y Ciencias Sociales Medioambientales
5 de febrero de 2026

adoptado la forma de una serie de historias. Comparadas con muchos escritos académicos muy técnicos, las historias tienen el potencial de ser fáciles de recordar, accesibles y atractivas para un público amplio. Contar historias también puede desempeñar una importante labor ética. Las historias tienen más fuerza al evocar los significados y las consecuencias diversos, superpuestos y a veces contradictorios de la extinción, sumando cada vez más voces y perspectivas al debate. Desde luego, el objetivo de contar estas historias no es solo informar, sino también transformar. Como señala la filósofa Megan Craig: «Las historias que contamos y las que escuchamos influyen enormemente en la textura de nuestra vida y en nuestra apertura o cerrazón hacia otras formas de vida».

Mi más sincero deseo es que las historias que contamos mis colegas y yo puedan marcar una diferencia en el mundo. Que podamos iniciar formas nuevas y más ricas de comprender lo que significa la extinción, por qué es importante, por qué debemos responder y de qué manera podemos hacerlo para que la prosperidad de comunidades diversas *multiespecie* se tome en serio.

Pero, por supuesto, no siempre es posible; a veces, simplemente es demasiado tarde. En estos casos, contar su historia sigue siendo muy importante. Las historias pueden convertirse en una suerte de testimonio: un acto de fidelidad hacia los muertos o los moribundos. Aunque no podamos cambiar su situación —evitar la extinción de una especie o la pérdida de un ecosistema precioso—, debemos negarnos a dar la espalda a esa pérdida o ignorarla. Dar la cara, y no la espalda, es un intento de cultivar cierta relación ética con los muchos seres vivos y especies que hoy en día están desapareciendo de nuestro planeta.